

Editorial

Un afán por contravenir las tendencias teatrales tradicionales distingue la obra creadora y las realizaciones de la mayoría de los dramaturgos y directores de escena mexicanos contemporáneos, influencia por cierto de las metrópolis culturales del mundo, a las que nuestro país se anexa sistemáticamente como provincia tardía en el tiempo y en el modo. De suerte que tanto el espectáculo vivo como la creación teatral locales están adscritos a convenciones internacionales determinantes: la dramática, en cuyos terrenos la dramaturgia nacional aún no sueña con explorar los caminos agotados por otros pueblos con honda tradición teatral; y la antidramática, que expresa la protesta ante un mundo saturado de formas y asfixiado por el llamado mal de la cultura. Protesta que nos pertenece más literariamente que en forma vivencial, porque ¿de cuál cultura estamos sobresaturados? Pero, en fin, el teatro tiene tanto de literatura como de vida. Y al nuestro le sobra tanto de intelectualismo como le falta ahondar raíces en la colectividad, tan segregada en su mayor parte de los aislados brotes que optimistamente nos atrevemos a llamar teatro mexicano (en ciernes o “consagrado”).

Grandes islas como Sor Juana nos sorprenden en un panorama apátrida que niega a sus autores clásicos a fuerza de desvirtuarlos con interpretaciones oficiales, hasta “saturar” al pueblo con una cultura que sí le pertenece de hecho y de derecho, pero que envainada en el tedio y la mediocridad se hace críptica e incomprensible o, mejor dicho, negada. Un mayor estudio de las convenciones teatrales que sí tienen raigambre en la sensibilidad nacional por sus orígenes religiosos (y no olvidemos que la popularidad que el teatro profano no ha logrado en cuatro siglos la alcanzó el teatro catequista en tres décadas), permitiría contemplar al mexicano un panorama propio en el que la metáfora y el ritual expresen nuestra alma contradictoria, idólatra y cristiana.

Es posible que si el hombre de teatro en México tratara de comprender la realidad cultural de nuestra nación, lo que implica el análisis de las infraestructuras y su condicionamiento indirecto del arte, opte más bien por crear formas de expresión que cumplan su cometido de trascender los pequeños círculos y llevar los productos culturales al pueblo; en vez de seguir sólo importando ciegamente experiencias más o menos felices de la escena extranjera que bien poco o nada tienen que ver con la sensibilidad y realidad nuestras. Tal búsqueda es difícil; pero el estar conscientes de su necesidad imperiosa es ya el primer paso.

Ignacio Cristóbal Merino Lanzilotti

Ignacio Cristóbal Merino Lanzilotti, a cargo del suplemento, recibirá las colaboraciones en el cubículo de Arte Dramático, junto al teatro chico de la Facultad de Filosofía y Letras, los martes y jueves de 18 a 20 hrs., y los lunes, miércoles y viernes de 13 a 14 hrs.